

dable, que si por largo tiempo hubierais mortificado vuestro cuerpo con el ayuno y el cilicio.

Despues del capítulo, la que ha asistido á él, debe: 1.º Dejar al pié de la cruz los reproches, las humillaciones, etc., que Dios le ha proporcionado; darle las gracias por ello, y ofrecérselo. 2.º Si algunos sentimientos de amor propio ofendido ó de aspereza, se despiertan en ella, debe combatirlos, sofocarlos cuidadosamente, y pedir por aquella contra quien se sienten. 3.º Examinar con esmero si los defectos que le echan en cara existen en realidad en ella; si los percibe, formar la resolucion firme de combatirlos y destruirlos; si no los percibe, dar gracias á Dios por el favor que le ha dispensado de librarle de ellos; estar mas que nunca alerta, y permanecer en paz. 4.º No hablar nunca con nadie, de lo que ha pasado en el capítulo.

Las que miraren los capítulos de las culpas bajo este punto de vista, asistirán á ellos con espíritu de fé, y se portarán del modo que acabamos de indicar, sacando seguramente un grande provecho espiritual.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

amos de indicar, sin atender á los demás miembros de la comunidad, á las faltas de que se acusen, á las que se les dirijan, y á las penitencias que se les impongan. 2.º Ha-

placido, y preferido á los demás con orgullo, no son á los ojos de Dios, á causa de la imperfeccion que han tenido, sino pajas echadas á las llamas del f.



EL CAMINO DE LA PERFECCION

EN LA

VIDA RELIGIOSA.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

DE LA SANTIFICACION DE LAS ACCIONES EN GENERAL, Y DE ALGUNAS EN PARTICULAR, POR LA VIDA INTERIOR.

ARTICULO PRIMERO.

Necesidad de santificar nuestras acciones ordinarias.

El alma religiosa no solo debe llevar el espíritu interior y el deseo de su perfeccion en los ejercicios espirituales, sino tambien en las acciones mas ordinarias y comunes, que absorven mas de la mitad de su vida; esto es

dable, que si por largo tiempo hubierais mortificado vuestro cuerpo con el ayuno y el cilicio.

Después del capítulo la que ha asistido á

lo que recomienda el apóstol: *Ya sea que comais, dice él, ya que bebais, ya que hagais cualquiera otra cosa, hacedlo para gloria de Dios.*

La vida de los hombres, dice el padre Bellecio, no es otra cosa que una série y un encadenamiento de acciones que se renuevan todos los dias. Si ellas se hacen con la perfeccion conveniente, son actos de virtud; de modo que si se tienen disposiciones santas, estos actos se suceden sin cesar durante el curso de nuestra vida, y forman como otros tantos eslabones de una cadena de oro; pues segun el santo Concilio de Trento, á cada accion virtuosa que hace un justo, corresponde un grado de gracia santificante; á cada grado de esta gracia, corresponde uno de gloria celestial que durará eternamente. Se sigue, pues, de aquí, que nuestras acciones diarias, hechas con perfeccion, son en realidad como una cadena de oro, cuyos eslabones están formados de grados innumerables de gracia en esta vida, y de gloria en la otra, unidos dichos grados con un encadenamiento maravilloso. Cada dia se repiten, por lo menos, veinte acciones distintas; cada semana, las mismas acciones se representan, cuando

placido, y preferido á los demás con orgullo, no son á los ojos de Dios, á causa de la imperfeccion que han tenido, sino pajas echadas á las llamas del fuego.

menos, ciento cuarenta veces; y cada mes, seiscientos veinte veces. Si estas acciones son perfectas, nos hacen, pues, ganar seiscientos veinte grados de gloria para la eternidad.

Pues ahora bien: un solo grado de tal gracia y de tal gloria, es un tesoro de un precio tan subido, que por obtener este único grado, sufririan los demonios con gusto, mil y mil veces los suplicios del infierno; y si los santos pudieran tener dolor, llorarian eternamente la pérdida de un solo grado de gloria. Y ahora, nosotros, ¡desgraciados ciegos! continuamos teniendo en nada la privacion de estas ventajas, la pérdida cuantiosa y para siempre irreparable de tantos grados de gracia y de gloria; mas ¡cuán distintamente pensaremos, en la muerte y á la hora del juicio, de este daño irreparable que nos causamos!

El alma que no se aplica á perfeccionar sus acciones ordinarias, no solo se priva de grandes ventajas, sino que tambien se ocasiona gravísimos perjuicios. El primero es, dice el padre ya citado, prepararse una muerte muy triste. ¡Oh! ¡cuánto le atormentará un dia este pensamiento, á las puertas de la eternidad! Como religiosa, yo estaba obliga-

dable, que si por largo tiempo hubierais mortificado vuestro cuerpo con el ayuno y el cilicio.

Después del capítulo la que ha asistido á

da, bajo pena de pecado grave, á tender á la perfeccion conveniente á mi estado; para cumplir esta obligacion, he tenido en mi poder un medio muy eficaz y muy fácil: la aplicacion á hacer bien todas mis acciones diarias, pues ella es, segun los autores espirituales, el camino mas corto, el mas fácil y seguro para llegar á la perfeccion. Yo he sabido esta verdad, y sin embargo he descuidado conformar á ella mi conducta. Hubiera podido vivir santamente, con mucha facilidad, despertando mi languidez en mis ejercicios diarios, empleando para desempeñarlos bien los medios que se me habian indicado, renovando con frecuencia la pureza de mi intencion. Podia yo hacer perfectas mis acciones con gran facilidad, no se me escigia ninguna otra cosa; no necesitaba mas que obrar de un modo distinto del que observé. Pero ahora, ¡oh detestable pereza! he aumentado mis penas en el purgatorio con las mismas acciones, con las cuales, si me hubiera violentado un poco, me habria elevado á ese trono sublime de gloria que ocupa esa elegida que vivia conmigo. Otras han obrado con perfeccion; animada por su ejemplo, me propuse hacer otro tanto, y aun comencé. ¡Oh! ¡si hubiera continuado!

placido, y preferido á los demás con orgullo, no son á los ojos de Dios, á causa de la imperfeccion que han tenido, sino pajas echadas á las llamas del fuego.

pero arrastrada por una vergonzosa inconstancia, he dejado el bien comenzado, descuidando la alta perfeccion á que Dios me llamaba.

Yo recuerdo los trabajos, miserias é incomodidades que han acompañado en el curso de mi vida, mis acciones ordinarias; ¡qué disgustos, qué pesares, qué dificultades he tenido que sufrir! ¡Qué gloria hubiera yo podido merecer por el buen uso de estas dificultades! Pero, al presente, trabajando, sudando noche y dia, en vano he trabajado, fatigándome sin mérito y por una pura futilidad; he agotado mis fuerzas, arruinado mi salud, abreviado mi vida, y en lugar de merecer recompensa, he acumulado deudas que tendré que satisfacer á la venganza divina.

Tales serán, en la muerte, los sentimientos de una alma que durante su vida ha mezclado en sus acciones ordinarias, la precipitacion y la negligencia. Cuidad de no tener que hacer oír en aquel momento supremo, este triste lamento: ¡Ay! yo he hecho poco bien, y ese poco no ha sido bien hecho. Toda mi vida no ofrece sino una larga cadena de defectos, de que me han rodeado los demonios para presentarme al divino Juez.

dable, que si por largo tiempo hubierais mortificado vuestro cuerpo con el ayuno y el cilicio.

Después del capítulo la que ha asistido á

S EL CAMINO DE LA PERFECCION

El segundo daño que se hace un alma que se descuida de perfeccionar sus acciones ordinarias, es esponerse á un juicio mas severo. Después de nuestra muerte, solo nuestras acciones nos acompañarán al tribunal de Jesu-eristo, á fin de que cada uno reciba allí lo que es debido á las buenas y á las malas obras que haya hecho cuando estaba revestido de su cuerpo. Allí no se nos preguntará si hemos sido llamados á empleos distinguidos, si hemos hecho acciones brillantes; sino cómo hemos cumplido nuestras obligaciones, y cómo hemos obrado; no se ecsaminará la facilidad de cumplir los deberes que se nos imponian, sino mas bien la santidad de éstos; en una palabra, nuestras acciones diarias serán la materia principal de este ecsámen; porque *el Hijo del Hombre dará á cada uno segun sus obras.*

El tercer mal que causa á una alma religiosa la imperfeccion de sus acciones, es un castigo mas largo y rigoroso. ¡Oh! ¿de qué terror seréis sobrecogida, cuando veais, después de vuestro juicio, que no habeis merecido por tantas acciones y trabajos, sino suplicios en lugar de recompensas, que vuestras acciones, en que tantas veces os habeis com-

placido, y preferido á los demás con orgullo, no son á los ojos de Dios, á causa de la imperfeccion que han tenido, sino pajas echadas á las llamas del fuego espiatorio! Decid, entonces, ¿cómo deseariais haberlas hecho? Pero estos votos serán supérfluos. Si ahora obrais con prudencia, tomad grandes precauciones durante el tiempo favorable. Si una alma del purgatorio pudiera volver á este mundo, ¿con qué cuidado ejecutaria sus acciones! Os haréis culpable contra vos misma, de una crueldad inaudita que no merece perdon, si no haceis lo que esta alma, y un dia llorais amargamente una tan reprensible omision.

ARTICULO SEGUNDO.

De la rectitud de intencion en las acciones ordinarias; necesidad de esta rectitud para hacerlas meritorias.

Nosotros pertenecemos á Dios, por muchos títulos: por la creacion, nos ha hecho lo que somos; por la adquisicion, nos ha comprado con el precio de la sangre de su propio Hijo, segun estas palabras del apóstol: *Vosotros no os pertenecéis; habeis sido comprados á gran*

da por placer y por gusto.

La esperiencia nos hace ver muchas veces alguna cosa semejante en las acciones mas santas, dice Rodriguez; las comenzamos por

precio. Le pertenecemos por nuestra libre eleccion, le hemos escogido por dueño el dia de nuestro bautismo, y entonces juramos servirle solo á él; finalmente, por los votos religiosos estamos entregados á él de una manera mas estrecha todavía, porque al dar este paso hemos renunciado á toda especie de dominio sobre nuestra libertad, sobre nuestra voluntad, sobre todas nuestras facultades, y totalmente las hemos inmolado á Dios. Somos, pues, propiedad de Dios; y por decirlo así, el campo de Dios, sobre el cual tiene el dominio mas perfecto, mas absoluto é indisputable.

Mas el campo debe producir frutos para aquel á quien pertenece su dominio. Este principio está universalmente admitido, y todos los dias se invoca para hacerse conceder lo que se llama justicia. Debemos, pues, dar frutos para Dios, es decir, consagrarle todas nuestras facultades; quitarle algo de ellas, seria un robo, esto es, que todas nuestras acciones, todos nuestros pasos, deben tener por objeto su gloria y el cumplimiento de su voluntad.

Pues bien, esta fidelidad en dirigir á Dios todas nuestras acciones, la llaman los docto-

pues de vuestro juicio, que no habeis merecido por tantas acciones y trabajos, sino suplicios en lugar de recompensas, que vuestras acciones, en que tantas veces os habeis com-

res *rectitud de intencion*, y solo ella es la que, con la gracia, hace nuestras obras agradables á Dios, meritorias y dignas de recompensa. En efecto, por buena, útil, loable que sea en sí misma una accion, si Dios, á quien todo debemos, y nada podemos quitar sin injusticia, no es el objeto de ella, ¿cómo ha de serle agradable, y con qué derecho le pediremos la recompensa? ¿Qué responderiamos al criado infiel, que obligado á servirnos, no solo nos robara el tiempo y los cuidados debidos, sino que pretendiera tambien nuestros elogios y liberalidad, en recompensa de los trabajos que hubiera ejecutado en provecho de nuestros enemigos y de nuestros rivales?

Pero ¿cuál es la intencion que debe acompañar nuestras acciones, para que sean gratas á Dios y dignas de retribucion? La intencion actual para tener siempre á Dios presente á nuestro pensamiento, con el deseo perseverante de agradecerle en todas nuestras acciones, seria perfecta y deberia desearse; pero no es posible al hombre, á causa de su fragilidad, ni tampoco es necesaria. Basta ofrecer á Dios todas nuestras acciones al principio del dia, y perseverar en la intencion general de obrar en todo para su gloria; esto es

da por placer y por gusto.

La esperiencia nos hace ver muchas veces alguna cosa semejante en las acciones mas santas, dice Rodriguez; las comenzamos por

lo que llaman los doctores intencion virtual. Sin embargo, debemos, en cuanto sea posible, procurar acercarnos á la intencion actual, renovando nuestra ofrenda por frecuentes elevaciones de corazon hácia Dios, y purificando á menudo nuestra intencion; porque si no tenemos una vigilancia continúa sobre nosotros mismos, la intencion virtual se alterará fácilmente, ó aun desaparecerá del todo para dar lugar á alguna otra que, sin sentir, se insinuará en nuestra alma.

La intencion virtual se debilita por el espíritu de rutina y tivialidad; es viciada, por el espíritu de avaricia, de amor propio, de orgullo; y hasta llega á anonadarse por estos diversos sentimientos, cuando dominan en el corazon del hombre.

El mas astuto y peligroso de estos enemigos, es, segun la opinion de los santos, la vanagloria; por consiguiente, debemos estar siempre vigilantes contra ella. Es, dice San Gregorio, un ladron diestro, que disimula y saluda al caminante, fingiendo seguir el mismo camino que él, y que bien pronto le roba y le asesina, cuando éste menos lo espera, y cuando cree estar mas seguro. Yo confieso, dice este gran santo en el último capí-

pues de vuestro juicio, que no habeis merecido por tantas acciones y trabajos, sino suplicios en lugar de recompensas, que vuestras acciones, en que tantas veces os habeis com-

estos momentos son muy peligrosos. ¿Qué remedio? Ponerse al acostarse en las manos de Dios, á fin de que, como está de continuo velando sobre nosotros,

tulo de sus Morales, que cuando me pongo á examinar mi intencion al escribir esto, me parece que no me he propuesto otro fin que la gloria de Dios; pero, no obstante, cuando no estoy alerta contra mí, encuentro que se mezcla cierto deseo de contentar á los hombres, cierta complacencia vana de haber tal vez logrado buen éxito; y como quiera que sea, percibo muy bien, que lo que hago actualmente, no es inspirado por un sentimiento tan puro como al principio. Yo sé que al comenzar, lo empecé con la mejor intencion del mundo, y con la sola mira de agradar á Dios; y ahora conozco que se mezclan otras consideraciones que hacen mi intencion menos recta y menos pura que antes. Sucede en esto, continúa el citado doctor, lo mismo que en la accion de comer; al principio, tomamos por necesidad el alimento; mas despues, se desliza la sensualidad con tal destreza, que lo que habiamos comenzado para subvenir á las necesidades de la naturaleza, y para conservar nuestra vida, lo continuamos en seguida por placer y por gusto.

La esperiencia nos hace ver muchas veces alguna cosa semejante en las acciones mas santas, dice Rodriguez; las comenzamos por

lo que llaman los doctores intencion virtual. Sin embargo, debemos, en cuanto sea posible, procurar acercarnos á la intencion actual, re-

motivos piadosos, y despues entra la vanidad. Deseamos agradar á los hombres, y que éstos nos estimen; y cuando llega á faltarnos la esperanza humana, parece que el corazon tambien nos falta, y ya nada hacemos con gusto.

Es decir, que debemos proponernos en todo, la gloria de Dios, segun el consejo del apóstol ya citado: *Sea que comais, ó que bebais, ó hagais qualquiera otra cosa, propones la gloria de Dios;* y para que nada pueda viciar esta intencion ó destruirla, debemos purificarla y renovarla con frecuencia.

ARTICULO TERCERO.

Del acostarse y del sueño.—Necesidad y modo de santificarlos.

Debemos tener grande cuidado, dice M. Fronçon, al acostarnos: primero, á causa de las consecuencias desagradables que puede tener esta accion cuando no es bien ejecutada; segundo, á causa de la dificultad que hay en hacerla bien; tercero, porque es la última del dia, y puede ser tambien la última de nuestra vida.

estos momentos son muy peligrosos. ¿Qué remedio? Ponerse al acostarse en las manos de Dios, á fin de que, como está de continuo velando sobre nosotros,

1.º *A causa de las consecuencias desagradables que puede tener esta accion, cuando no es bien ejecutada.*—Pasamos en la cama, cerca de la tercera parte del dia; pues este tiempo precioso lo perdemos absolutamente cuando no hacemos de él un uso bueno y santo; y si perseveramos en esta negligencia durante toda nuestra vida, perdemos de una manera irreparable la tercera parte de ella. ¿Qué pérdida, y cuánto cuidado no deberemos tener para evitarla, cuando se conoce el precio inestimable del tiempo!

Pero se pierde mucho mas que la tercera parte del tiempo, cuando no se santifica el sueño, y hé aquí como: Hay tal relacion entre el acostarse y levantarse, que la mayor parte de las gentes se levantan, por lo comun, como se acostaron. En efecto, si uno se duerme en los pensamientos del mundo, en ellos piensa al levantarse; si, por el contrario, se ocupa de Dios al acostarse, si solo se toma el reposo y el sueño de la noche para reparar las fuerzas, para hacer la voluntad de Dios y agradarle, de la misma manera, no se levantará, sino para cumplir su santa voluntad y emplear las fuerzas en servicio suyo.

Durante el dia, los pensamientos que nos